

Para Calzado barato "Zapatería ALHAMBRA"

JIMENEZ Y DIAZ 11, Zacatin, 11. --- GRANADA

Para encargos y medidas, Hijo de Diego Jiménez.-MESONES, 11.

: Enrique Miret Espoy :
ZARAGOZA

Apartado de Correos, 146. Telegr. y Telf. "Underprice".

AZUFRES, TERRÓN, CAÑÓN y SUBLIMADO FLOR
CORREAS de BALATA, CAÑAMO
CORREAS de CUERO, PELO CAMELLO, ALGODÓN

POLEAS de MADERA, CARBOLINEUM, MINIOS,
PINTURAS, CADENAS, AMANTOS, GRAFITOS, TUBOS,
CARRETILLOS, PLANCHAS y PIEZAS DE GOMA.
ACCESORIOS PARA INDUSTRIAS.

GRANDES EXISTENCIAS SUMINISTROS INMEDIATOS



Punzante cual flecha...

el dolor le hiere y derriba, si no se quitan el ácido úrico del organismo, causa de muchas afecciones. Beban en cada comida el agua mineral que se hayan hecho con un paquete de

Lithinés del Dr. Gustin

Así obtendrán la mejor agua mineral que disuelve y elimina rápidamente el ácido úrico.

caja de 12 paquetes para hacerse 12 litros de agua mineral.

Deposito único para España: DALMAU OLIVERES
14, C/ de la Industria, BARCELONA
y en todas las buenas farmacias y almacenes.

Precio para 12 paquetes, 1'20 pesetas.

Reumatismos
Gota, Piedra
Artritis

Util recomendación

Como no paran de recibirse importantes remesas de géneros para la temporada de invierno en los renombrados Almacenes de tejidos

EL LEON

recomendamos muy eficazmente a las familias cuidadoras de sus intereses, visiten esta casa, donde se presentan las más selectas novedades en tejidos de punto, de lana y de seda, última creación, para vestidos de señora, pieles, pañetes, franelas, tejidos de seda y abrigos confeccionados, últimos modelos, como igualmente ofrece lo de más exquisito gusto y novedad en cortes de trajes y gabanes para caballero. La misma existencia en toda clase de artículos blancos de hilo y algodón. EQUIPOS COMPLETOS PARA NOVIAS.

LA CASA QUE MAS BARATO VENDE EN GRANADA

EL LEON. Poeta Zorrilla, antes Mesones, 98. Granada

Abonos y primeras materias

CARRILLO Y COMPAÑIA

Sulfito de Amónico, Nitrito de Sosa.

Superfosfato de 1618, Superfosfato de 1820

Abonos orgánicos con fórmulas especiales.

para toda clase de cultivos

Dirección y Oficinas, Alhóndiga, 11 y 13. GRANADA

Fábrica de ETHER SULFÚRICO en Alario.

ACCIDENTES NERVIOSOS

*** epilepsia ***

Convulsiones, vértigos, náuseas, desvanecimientos, agitación, etc., afecciones, palpitaciones, migraña, pérdida de la memoria, asma, congestiones cerebrales y demás enfermedades nerviosas, se curan tomando el acreditado ALIXIN BENTHAN, Venta en Barcelona, farmacia del autor, plaza Junquera, Madrid. Pérez Martín y Compañía, calle Alcalá, 8. Centros de estudio y de las farmacias.

ANISOSA

Nuestro preparado, con púas de bicarbonato de sosa purísimo y esencia de anís, constituye un gran remedio para el estreñimiento en todos los casos. CAJA, 0.50 PESETAS

Solución Benedicto

de glicerina y extracto de caña con CRESOTAL, Tuberculo, catarros crónicos, bronquitis y debilidad general. FRASCO, 2.50 pesetas.

DEPOSITO

Dr. BENEDICTO, S. Bernardo, 11. MADRID

De venta en la FARMACIA DE D. VICASIO MONZES GARZON

Reyes Católicos, 20. GRANADA

.. Fonda la Madrilena ..

Juan Alcáide Alvaro. San Antón. Granada. El dueño de esta antigua y acreditada fonda ofrece a los señores viajeros, que encontrarán en su casa, buenas habitaciones y trato esmerado estando a cargo de un reputado camarero que fue del (Hotel Victoria). Precios económicos. San Antón 4.

Almoneda muebles, cuadros de gran mérito artístico, una Purísima, tamaño natural, de reputado autor; Historia natural, primorosamente editada; San Antonio de Italia, gran Escultura. Hay armario, pueras, cristales, persianas y otros muchos objetos. De 10 a 4, en la tarde. Navarrete, 3, principal

DESESPERADOS

neurasténicos, nerviosos, anémicos, histéricos, dispépsicos, impotentes, a todos, os hace falta el fósforo, no os desespereis, lo recobraréis, tomando la

Nerviolina de T. González

Por su poder tónico excitante sobre la célula nerviosa da inmejorables resultados en la NEURASTENIA, las DISPEPSIAS, ATONICAS, el INSOMNIO, HISTERISMO, IMPOTENCIA, ABATIMIENTO, CONTINUAS DIFICULTADES, DOLOR DE CABEZA, VERTIGOS, SILEBIDOS y ZUMBIDOS DE OÍDOS y otros, DESORDENES EN LA VISTA, CANSANCIO EN GENERAL, DOLOR EN LOS RINONES o en las PIERNAS, PALPITACIONES, AHOGO, PESADILLAS, IDEAS TRISTES, CRISIS NERVIOSAS y todos los que encuentran que su carácter ha cambiado a causa de disgustos, de excesos, de abatimiento, de enfermedad, que su impotencia sea excesiva, que su voluntad se debilite, que su memoria se pierda, que su sueño sea poco, que su estómago funcione mal, que sus digestiones sean difíciles, vean desaparecer todos estos desarreglos por un serio tratamiento con la NERVOLINA.

Alfonsos de cartas que ha recibido su autor, prueban la eficacia de este maravilloso invento que ha merecido CINCO MEDALLAS DE ORO en las EXPOSICIONES DE PARIS, LONDRES, ROMA, etc.

Precio: cinco pesetas franco, en todas las buenas farmacias de España. Remitiendo en sellos o por giro postal, pta. 5'75, se envía a provincias.

Agente general para España y Portugal D. José López Rodríguez, D. P. y D. Alba, 4. MADRID

EL DEFENSOR DE GRANADA

Reyes Católicos, 8, principal

En nuestras oficinas Reyes Católicos, 8, principal, se encarga de la redacción de la Mesa Práctica que por su claridad y utilidad se debe leer en todas las escuelas.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Granada, un mes, 0.50

Provincias, tres meses, 2.25

Igualmente, y al mismo precio, se venden libretos de recibos para toda clase de cobros.

Tarjetas, circulares, memorandos, prospectos, facturas y toda clase de trabajos de imprenta.

PASTILLAS MORELLÓ

Curan y evitan las ENFERMEDADES AGUDAS, TOS, BRONQUITIS, etc. Se está libre de peligros hasta para los niños y personas de edad avanzada.

Compre Vd. en

EL UNIVERSO

REYES CATÓLICOS, 30.

los juguetes para Reyes, objetos

para regalos y aparatos eléctricos

Nadie vende más barato

Sucursal de LA DALIA

Salamanca, 10.

SOCIEDAD EDITORIAL DE ESPAÑA

Oficinas, Colegiata, 7

Casa del "Heraldo de Madrid"

Se vende o alquila

un terreno con esp. fértiles, vista, situación (amueblable), pudiendo leer en coche hasta la puerta.

Informar: Zapatería "El Asco y Negro", Pie de la Torre, 5.

Barbette y Mr. Jackal para subir a su carruaje, hallándose el

honorado Mr. Gerard en su palacio de Vanves, ocupado en leer los periódicos, entró el mismo

ayuda de cámara que, en el momento en que se desesperaba de la vida de su amo, había ido a buscar un sacerdote al Dojo

Mendon y traído a fray Domingo.

—Vamos, ¿a que venís a incomodarme? dijo Mr. Gerard; ¿algún otro mendigo?

El criado respondió anunciando majestuosamente:

—Su excelencia el señor comendador Triptolemo de Melun, gentil hombre de cámara del rey.

El anuncio hizo un efecto prodigioso; Mr. Gerard se puso como un carmesí de orgullo y levantándose apresurado, trató de penetrar con la vista en las profundidades del corredor, para descubrir, lo más pronto posible, el ilustre personaje que se le anunciaba con tanto énfasis. Y, en efecto, distinguió en la sombra un hombre de alta estatura, delgado, con cabellos o mejor dicho peluca rubia rizada, calzón corto, espada atravesada,

casaca a la francesa, chorrera de encajes y una cruz en el ojal.

—¡Hacedle entrar! ¡hacedle entrar! gritó Mr. Gerard.

El criado se apartó y su excelencia el comendador Triptolemo de Melun, gentil hombre de cámara del rey, entró en el salón.

—Venid, señor comendador, venid, venid, dijo Mr. Gerard.

El comendador dio dos pasos, se detuvo, se inclinó ligeramente, meneó la cabeza guiñando el ojo izquierdo, revelando en fin, en todos sus movimientos y hasta en la manera de alzar, para ver mejor a Mr. Gerard, sus anteojos de oro, esa suprema impenetrabilidad y ese aire altanero que es el privilegio de los nobles de casa grande. A todo esto, Mr. Gerard, encorvado como un signo de interrogación, esperaba que el desconocido le explicara la causa de su visita. El comendador se dignó hacer señas a Mr. Gerard, de que se enderezara: vistió lo cual, monseñor Gerard se precipitó sobre un sillón que arrastró hasta ponerle detrás del desconocido, el cual no tuvo más que sentarse

en él, e invitó a Mr. Gerard a seguir su ejemplo.

Una vez frente a frente los dos personajes, el comendador se dio una palabra, sacó su caja del bolsillo y olvidándose de preguntar a M. Gerard si tomaba tabaco, sacó de ella un polvo que aspiró voluptuosamente. Después de lo cual, bajando sus anteojos y mirando fijamente a Mr. Gerard.

—Caballero, le dije, vengo de parte de Su Majestad.

Mr. Gerard se inclinó tan profundamente que su cabeza desapareció entre las rodillas.

—¿De Su Majestad? balbuceó.

El desconocido continuó en tono rápido y altanero:

—El rey me envía a felicitaros, caballero, por el buen resultado de vuestro proceso.

—El rey es mil y mil veces bueno, exclamó Mr. Gerard, pero cómo es que el rey...

—El rey es el padre de todos sus súbditos, caballero, respondió el comendador.

Se interesó por todo el que sufría, y conociendo todos los dolores que ha sufrido vuestro corazón, desde la pérdida de vuestros sobrinos, Su Majestad

os dirige por conducto mío sus felicitaciones y sus pesames.

Creo excedido deiros caballero, que agrego mis sentimientos a los de Su Majestad.

—Ese es demasiado honor y demasiada bondad, señor comendador, respondió modestamente Mr. Gerard, y no sé si soy enteramente digno de ello.

—¡Si sois digno, Mr. Gerard! exclamó el comendador, ¿tenéis la humildad de preguntar si sois digno? A la verdad, me llenáis de asombro. ¡Pues qué! un hombre que ha sufrido como vos, trabajado como vos, practicado la caridad como vos, ¿este hombre pregunta si ha merecido los favores del rey? Os lo repito, caballero, estoy orgulloso de tanta humildad, y es una virtud más que debe añadirse a vuestras innumerables virtudes.

Mr. Gerard no sabía lo que le pasaba; ante los elogios de un hombre que venía de parte del rey, se hinchaba poco a poco hasta el punto de estallar, si aquellos elogios continuaban en su progresiva intención. Aquellas palabras, favores del rey, habían sonado en su oído como una música deliciosa; y entre-

veía confusamente en el porvenir no sé que brillantes recompensas de sus virtudes.

—Señor comendador, respondió todo turbado, yo no he hecho nada más semejante a lo que lo que todo buen cristiano debe hacer. ¿No nos enseña la religión a servirnos, a amarnos y ayudarnos los unos a los otros?

El comendador alzó sus anteojos a lo más alto de la frente, y miró a Mr. Gerard con sus ojillos.

—Si, dijo para sus adentros, maravillarme yo, en efecto, que no hubiera un poco de jesuitismo bajo toda esta filantropía; vamos a ver, ataquemos al hombre por el flanco.

Y continuó en voz alta:

—¡Oh! caballero, ¿y qué, no es nada observar rigurosamente los principios que nos enseña nuestra santa religión, y no tocar a Su Majestad distinguir y recompensar a los verdaderos cristianos, toda vez que lleva el título de rey cristianísimo, y se gloria con razón de ser el hijo primogénito de nuestra santa madre la Iglesia.

—¡Recompensar!, dijo monseñor Gerard con una precipitación de que se arrepintió en seguida que pronunció este infinitivo.

—Si, caballero, respondió el comendador, en cuyos labios se pintó una extraña sonrisa, ¡recompensar...! Así es que el rey ha pensado recompensaros.

—Pero, interrumpió con viveza Mr. Gerard, como para remediar su indiscreción anterior, ¡el cumplimiento de un deber no lleva en sí su recompensa, señor comendador?

—Sin duda, sin duda, respondió el gentil-hombre de Cámara y aprecio como debo vuestra observación. Si, el deber lleva consigo una recompensa, y he ahí la retribución del hombre ante Dios. ¿Pero recompensar a las personas que han cumplido con su deber, no es señalarlas al reconocimiento público, a la admiración general, al amor de sus conciudadanos? Tal es, a lo menos la opinión de Su Majestad y a no ser que vos rehuséis aceptar los favores de que el rey quiere colmaros, tengo encargo suyo de informaros acerca de vos de la cosa que más podrá agradaros.

—Mr. Gerard sintió como un

Los Mohicanos de París

— POR ALEJANDRO DUMAS —

RAMON SOPENA, EDITOR

Provenza, números 95 al 97, Barcelona.

63

y éste echándose hacia atrás violentamente.

En aquel momento se abrió la puerta y entró Bahollín gritando:

—Mira, Rosa de Navidad, Bahyllas se había escapado, pero la Brocante le ha cogido y le va a encerrar una buena felpa.

Y, en efecto, los gritos lastimeros de Bahyllas llegaban hasta el entresuelo, habitado por Rosa de Navidad, viniendo a confirmar aquel famoso refrán: Quien bien te quiere, te hará llorar.

El mismo día, unos tres cuartos de hora después de separarse Mr. Jackal y Gibassier en la esquina de la calle de la Vieja Estrada, Gibassier para ir a buscar a Caramela a casa de la

Barbette y Mr. Jackal para subir a su carruaje, hallándose el

honorado Mr. Gerard en su palacio de Vanves, ocupado en leer los periódicos, entró el mismo

ayuda de cámara que, en el momento en que se desesperaba de la vida de su amo, había ido a buscar un sacerdote al Dojo

Mendon y traído a fray Domingo.

—Vamos, ¿a que venís a incomodarme? dijo Mr. Gerard; ¿algún otro mendigo?

El criado respondió anunciando majestuosamente:

—Su excelencia el señor comendador Triptolemo de Melun, gentil hombre de cámara del rey.

El anuncio hizo un efecto prodigioso; Mr. Gerard se puso como un carmesí de orgullo y levantándose apresurado, trató de penetrar con la vista en las profundidades del corredor, para descubrir, lo más pronto posible, el ilustre personaje que se le anunciaba con tanto énfasis. Y, en efecto, distinguió en la sombra un hombre de alta estatura, delgado, con cabellos o mejor dicho peluca rubia rizada, calzón corto, espada atravesada,

casaca a la francesa, chorrera de encajes y una cruz en el ojal.

—¡Hacedle entrar! ¡hacedle entrar! gritó Mr. Gerard.

El criado se apartó y su excelencia el comendador Triptolemo de Melun, gentil hombre de cámara del rey, entró en el salón.

—Venid, señor comendador, venid, venid, dijo Mr. Gerard.

El comendador dio dos pasos, se detuvo, se inclinó ligeramente, meneó la cabeza guiñando el ojo izquierdo, revelando en fin, en todos sus movimientos y hasta en la manera de alzar, para ver mejor a Mr. Gerard, sus anteojos de oro, esa suprema impenetrabilidad y ese aire altanero que es el privilegio de los nobles de casa grande. A todo esto, Mr. Gerard, encorvado como un signo de interrogación, esperaba que el desconocido le explicara la causa de su visita. El comendador se dignó hacer señas a Mr. Gerard, de que se enderezara: vistió lo cual, monseñor Gerard se precipitó sobre un sillón que arrastró hasta ponerle detrás del desconocido, el cual no tuvo más que sentarse

en él, e invitó a Mr. Gerard a seguir su ejemplo.

Una vez frente a frente los dos personajes, el comendador se dio una palabra, sacó su caja del bolsillo y olvidándose de preguntar a M. Gerard si tomaba tabaco, sacó de ella un polvo que aspiró voluptuosamente. Después de lo cual, bajando sus anteojos y mirando fijamente a Mr. Gerard.

—Caballero, le dije, vengo de parte de Su Majestad.

Mr. Gerard se inclinó tan profundamente que su cabeza desapareció entre las rodillas.

—¿De Su Majestad? balbuceó.

El desconocido continuó en tono rápido y altanero:

—El rey me envía a felicitaros, caballero, por el buen resultado de vuestro proceso.

—El rey es mil y mil veces bueno, exclamó Mr. Gerard, pero cómo es que el rey...

—El rey es el padre de todos sus súbditos, caballero, respondió el comendador.

Se interesó por todo el que sufría, y conociendo todos los dolores que ha sufrido vuestro corazón, desde la pérdida de vuestros sobrinos, Su Majestad

os dirige por conducto mío sus felicitaciones y sus pesames.

Creo excedido deiros caballero, que agrego mis sentimientos a los de Su Majestad.

—Ese es demasiado honor y demasiada bondad, señor comendador, respondió modestamente Mr. Gerard, y no sé si soy enteramente digno de ello.

—¡Si sois digno, Mr. Gerard! exclamó el comendador, ¿tenéis la humildad de preguntar si sois digno? A la verdad, me llenáis de asombro. ¡Pues qué! un hombre que ha sufrido como vos, trabajado como vos, practicado la caridad como vos, ¿este hombre pregunta si ha merecido los favores del rey? Os lo repito, caballero, estoy orgulloso de tanta humildad, y es una virtud más que debe añadirse a vuestras innumerables virtudes.

Mr. Gerard no sabía lo que le pasaba; ante los elogios de un hombre que venía de parte del rey, se hinchaba poco a poco hasta el punto de estallar, si aquellos elogios continuaban en su progresiva intención. Aquellas palabras, favores del rey, habían sonado en su oído como una música deliciosa; y entre-

veía confusamente en el porvenir no sé que brillantes recompensas de sus virtudes.

—Señor comendador, respondió todo turbado, yo no he hecho nada más semejante a lo que lo que todo buen cristiano debe hacer. ¿No nos enseña la religión a servirnos, a amarnos y ayudarnos los unos a los otros?

El comendador alzó sus anteojos a lo más alto de la frente, y miró a Mr. Gerard con sus ojillos.

—Si, dijo para sus adentros, maravillarme yo, en efecto, que no hubiera un poco de jesuitismo bajo toda esta filantropía; vamos a ver, ataquemos al hombre por el flanco.

Y continuó en voz alta:

—¡Oh! caballero, ¿y qué, no es nada observar rigurosamente los principios que nos enseña nuestra santa religión, y no tocar a Su Majestad distinguir y recompensar a los verdaderos cristianos, toda vez que lleva el título de rey cristianísimo, y se gloria con razón de ser el hijo primogénito de nuestra santa madre la Iglesia.

—¡Recompensar!, dijo monseñor Gerard con una precipitación de que se arrepintió en seguida que pronunció este infinitivo.

—Si, caballero, respondió el comendador, en cuyos labios se pintó una extraña sonrisa, ¡recompensar...! Así es que el rey ha pensado recompensaros.

—Pero, interrumpió con viveza Mr. Gerard, como para remediar su indiscreción anterior, ¡el cumplimiento de un deber no lleva en sí su recompensa, señor comendador?

—Sin duda, sin duda, respondió el gentil-hombre de Cámara y aprecio como debo vuestra observación. Si, el deber lleva consigo una recompensa, y he ahí la retribución del hombre ante Dios. ¿Pero recompensar a las personas que han cumplido con su deber, no es señalarlas al reconocimiento público, a la admiración general, al amor de sus conciudadanos? Tal es, a lo menos la opinión de Su Majestad y a no ser que vos rehuséis aceptar los favores de que el rey quiere colmaros, tengo encargo suyo de informaros acerca de vos de la cosa que más podrá agradaros.

—Mr. Gerard sintió como un